EL DESCIFRAMIENTO DEL VALOR INTRÍNSECO DE LA ESCRITURA: UN PROBLEMA ESENCIAL DE LA TRADUCCIÓN LITERARIA

ANTONIO BUENO GARCÍA

Universidad de Valladolid

El problema esencial de la traducción —y en especial la literaria— ha hecho correr ya muchos ríos de tinta entre los estudiosos del tema y ha sido objeto de innumerables enfoques. Quisiera aportar aquí, en el espacio de este artículo, otro punto de vista que relaciona esta problemática con la del propio lenguaje, con la escritura y con la relación que el hombre mantiene con ambos.

El texto literario es, por sus especiales condiciones de descodificación, el que más dificultades presenta a la hora de su traducción, el que menos garantía de éxito tiene y hasta el paradigma más empleado de que la labor traductora es por naturaleza imposible, sobre todo en ciertos textos, como el poético (aunque también hay teóricos que opinan lo contrario);[1] para muchos críticos el resultado de esta traslación no es más que una variación más o menos éxitosa de un original, un nuevo resultado artístico, una alternativa en suma.

Al hablar de la dinámica de la traducción, dice Peter Newmark[2] que en un texto se pueden presentar hasta diez fuerzas capaces de tirar de él tanto en la lengua original como en la de traducción; a saber, en la primera: el estilo del autor, el uso convencional de la gramática, los referentes de la cultura, el formato del texto; en la segunda —la de traducción—, además también de las tres últimas: las expectativas del lector, la fuerza de la verdad y el punto de vista del traductor —pues no deja este último de introducir una parte de información propia, (una traducción es siempre una interpretación de otro). Cita Newmark más adelante también otro tipo de tensiones diferentes, como las que surgen, por ejemplo, entre el sonido y el sentido, en el énfasis (orden de las palabras) y en la naturalidad (gramática); el sentido figurado y el literal; la pulcritud y la claridad; y, por último, la concisión y la precisión.

Pero en la traducción, como en el ejercicio previo, la codificación del mensaje escrito, hay que tener en cuenta también otras muchas «tensiones» —utilizando la misma terminología de Newmark— que confieren una personalidad propia al texto e imprimen un cariz determinado al resultado escrito. No pretendo aquí ser exhausti-

---

[1] Se refieren a la traducción cognitiva que consiste en trasladar fríamente la información del texto original al terminal.

[2] Peter Newmark: *Manual de traducción*, (trad. Virgilio Moya) Madrid, Cátedra, 1992.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Antonio BUENO GARCÍA. El desciframiento del valor intrínseco de la escrit...

Centro Virtual Cervantes

vo y me limitaré tan sólo a presentar el resultado de unas observaciones sobre los condicionantes previos de la propia escritura en la lengua original y que terminan encontrando en justicia su eco en la de traducción.

Los síntomas y efectos de la escritura de la lengua original que se reflejan —o deben reflejarse en la traducción— son: la propia experiencia personal y lingüística del autor, su percepción del universo creativo, el efecto del propio espacio en el que se desarrolla la experiencia y el propio valor de la escritura. Todas estas inquietudes, como veremos en breve, se hacen evidentes y se reflejan claramente en otro sistema: el del comportamiento verbal. Estas tensiones, que empiezan —como decimos— a darse en la lengua original y que deben ser trasladadas a la lengua de traducción, son como «ruidos» del texto, rumores que se hacen sonoros en el estado consciente y en el subconsciente.

En el proceso de descodificación de la escritura —proceso de la traducción «al lenguaje» y «del lenguaje»—, debe tenerse presente toda una panoplia de recursos potenciales. El traductor debe elegir no sólo entre las posibilidades que le ofrecen el vocabulario y la gramática, sino también entre «las imágenes» de la escritura. El texto escrito, tanto el original como el traducido, tiene un significado no sólo por su contenido lingüístico, sino también por la forma de su soporte material. Vemos como cobra así todo su sentido la «función icónica» del lenguaje de la que ya hablaba Escarpit:[3] el texto es una imagen que se descifra a la luz de un contexto icónico.

A la hora de traducir, de interpretar la información, es necesario poner de relieve todos los contenidos latentes del texto original. Una de las tareas más delicadas del traductor consiste precisamente en la captación y traslación de los signos internos del discurso, signos como los que acabamos de citar, que son elementos conformadores del valor intrínseco de la escritura y que resultan esenciales para la correcta comprensión del mensaje. La forma y el contenido semánticos aparecen siempre íntimamente relacionados en la escritura y en la traducción.

Entre los síntomas de la escritura, que anteriormente mencionábamos, ocupaba un lugar principal el de la propia experiencia particular del autor, efecto éste que puede sin duda presentar un sinfín de manifestaciones. Mostremos con algunos ejemplos el sentido de nuestras palabras.

La experiencia del autotraductor —es decir la de aquél que escribe en una lengua diferente a la suya materna y que, en definitiva, lo que hace es buscar equivalencias en su expresión primera, autotraducirse, pues— es un caso muy frecuente en la historia de la escritura; nos sorprendería si supiéramos cuantos escritores conocen esta práctica —muchas veces, con la única intención de poder entrar en un circuito editorial más potente y eficaz—, si fuéramos realmente conscientes de los esfuerzos que muchos deben hacer para no terminar traicionando sus propios pensamientos o intenciones en otra lengua.

Es lo que sucede con escritores como Brodsky —un ruso que ya no escribe más que en inglés—, Beckett, irlandés que prefería realizar su obra en francés o, más cerca de nosotros, con esos autores de origen hispano que prefieren embarcarse en la lengua francesa para crear su obra: Agustín Gómez Arcos, Michel del Castillo,

[3] Robert Escarpit: *Escritura y comunicación*, Madrid, Castalia, 1975.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Antonio BUENO GARCÍA. El desciframiento del valor intrínseco de la escrit...
Centro Virtual Cervantes

Jorge Semprún, etc. De este último, que ha vivido y sigue viviendo largas temporadas en Francia o Suiza, sabemos que ha decidido escribir en esta lengua una continuación de su «camuflada» autobiografía, bajo el título *Federico Sánchez vous salue bien,*[4] según él «por razones de higiene literaria y moral»: *je peux ainsi prendre une certaine distance, ce qui me préserve de l'anecdote et du cancan...*, ha declarado recientemente en una entrevista.[5] La misma obra será publicada en España —como también él mismo ha señalado— *dans une version légèrement modifiée et* traduite *par mes soins*. Interesante, ciertamente, nos parece el escrúpulo del autor frente al ejercicio de su propia traducción.

Tanto al leer estos textos como al trasladarlos a otra lengua debemos ser conscientes de los problemas que en ellos puede plantearse y que, sin pretender ser exhaustivos o desear generalizar o equiparar todas las experiencias, puede situarse en el *handicap* que supone la realización del ejercicio de otra escritura diferente a la de la lengua materna, y que se evidencia en el trauma sufrido por el efecto de una de las dos lenguas, en la distorsión o deficiencia que pueda evidenciarse tanto en su lengua materna como en la de adopción, en el potencial influjo ejercido por una lengua sobre otra (de la materna a la de adopción o viceversa), en el efecto mimético de una cultura sobre otra, etc. El traductor, decimos, debe ser consciente de todos estos potenciales riesgos que presenta el original y dar debida cuenta de ellos en su trabajo.

Otra tensión que puede manifestarse es la que presentan ciertos modos propios de escritura como el autobiográfico —y no sólo nos referimos a la obra novelada o de ficción, como la anteriormente citada de Semprún, sino también a otras formas de expresión escrita personal como el diario, las cartas, etc. Muchas páginas de este mal llamado «género autobiográfico» suelen presentar una imagen o una codificación particular. Los escritos del *yo* reflejan por lo general la propia topología de su autor y tanto su contenido como su forma reflejan la aventura de su propia experiencia particular. A través del discurso autobiográfico se perfila también el laberinto en el que se encuentra la persona. El discurso representa un intercambio simbólico, una forma de sociabilidad y una posibilidad potencial de comunicación y la palabra, resulta ser el derivativo perfecto para encauzar su experiencia. El mayor riesgo que presenta, al no disponer de interlocutor válido, es caer en su propia regresión: en la impotencia del monólogo, en el carácter subjetivo, en la repetición de ideas, en la facilidad de las palabras huecas. La situación del escritor y la que se refleja en su propia escritura es como la de Narciso, incapaz de desprenderse de la contemplación de su propia imagen. La sintaxis misma adolece de los mismos males y se muestra a su manera autocontemplativa: redicha en sus contenidos, redundante en sus formas, con un abuso de nexos de estilo adversativo, con un marcado empleo de ciertos tiempos verbales (presente o pretérito perfecto en el diario, indefinido en las memorias).

Hablábamos igualmente de la influencia de factores como el espacio donde se lleva a cabo la escritura; no es en todos los casos una condición determinante, pero

---

[4] Jorge Semprún: *Federico Sánchez vous salue bien*, Grasset, 1993.

[5] Entretien: «Jorge Semprún, propos recueillis par Gérard de Cortanze», en *Magazine Littéraire*, 317, enero de 1994, 96-102.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Antonio BUENO GARCÍA. El desciframiento del valor intrínseco de la escrit...

Centro Virtual Cervantes

puede dejar grabados sus efectos en ciertas circunstancias especiales, como las de expresión de la palabra en el enclaustramiento, en condiciones represivas (prisión, campo de concentración, etc.) o de gran control sobre el cuerpo o la mente (hospital, psiquiátrico, convento, etc.). La escritura es fiel reflejo de la situación vivida por su autor. La presión ejercida por el espacio cerrado sobre el escritor en el preciso momento de concebir o realizar su obra nos parece muy similar a la que produce el efecto autobiográfico —para dar mayor respuesta a esta problemática, quisiera remitirles a un artículo en el que ya abordo esta problemática.[6] El enclaustramiento termina produciendo una sensación obsesiva, el interno se mueve en él como en círculo y se siente como en un auténtico laberinto en el que parece incapaz de encontrar salida, su recorrido se hace a través de la oscuridad y el silencio y ello tanto en el plano físico como en el moral. El discurso es el reflejo del propio estado anímico del autor y el paisaje también de su espacio. Esta experiencia que se advierte con cierta asiduidad entre los internos termina siendo determinante en la forma de su escritura. La palabra intenta dar sentido a un espacio en el que el dolor, la culpa, la desesperación se conjuntan para testificar una situación insostenible. El discurso que viene a caracterizar esta situación es apasionado, delirante, sin límites específicos: da la sensación de no tener una clara dirección, se refugia de continuo en la expresión del propio *yo*. El encierro produce enseguida la «palabrería», actitud ésta que puede inscribirse en la oralidad regresiva del mismo espacio. El efecto del desenfreno de las palabras, de la verborrea debe ponerse, evidentemente, en relación con esos estados crepusculares de la conciencia que hacen bascular al encerrado hacia lo onírico. La palabra del interno suele ser a menudo discordante, a causa precisamente de esa distorsión, de ese descarrío proveniente de la realidad vivida y de la idealización buscada. El discurso se suele presentar como polisémico, de variados sentidos; en él entran a formar parte los recuerdos del pasado, los deseos de la infancia, los paraísos vividos o perdidos; igualmente se presenta como desconfiado, llegando muchas veces el interno hasta a dudar del valor de su lenguaje o de si lo que dice es mentira o verdad. El empleo constante de términos como «¿no es cierto?», «¿verdad?»,... denotan una inseguridad, una necesidad de ver mantenido el diálogo por parte del hablante, que es vivo reflejo de la situación interior.

El lector deberá tomar todas las distancias necesarias para contemplarlo en todo su valor; deberá aplicarle otro tipo de escucha, abordarlo como una poética diferente. El traductor avisado se encontrará sin duda con este problema, deberá saber descifrarlo y aplicarle la solución que estime más conveniente, aunque ésta siempre debiera reflejar el mismo efecto que él mismo sintió ante el original. Pasar por alto estos síntomas y efectos internos de la escritura en su traducción supone, además de traicionar su verdadera forma, maquillar el sentido mismo de su mensaje.

Pero los problemas de descodificación de la escritura no terminan, creemos, aquí. Por encima de todos —los ya apuntados y otros muchos que de ellos se derivan— hay un problema esencial: el del desciframiento del valor auténtico del lenguaje y de la propia escritura, las bases más sólidas en las que se sustenta la

---

[6] A. Bueno García: «Influencia de los espacios cerrados en las escrituras del *yo*», en *Escritura autobiográfica, Actas del Congreso de Literatura y Semiótica sobre Escritura autobiográfica*, Visor, 1993, 119-125.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Antonio BUENO GARCÍA. El desciframiento del valor intrínseco de la escrit...

Centro Virtual Cervantes

traducción. Saber en realidad cuáles son sus méritos y cuáles sus puntos débiles nos ayudaría a comprender mejor el papel que juegan en la comunicación.

Hans Hörmann, en su obra *Psicología del lenguaje*, declara que «la verdad se da sólo en el lenguaje, o, en todo caso, a través de él».[7] Jesús Mosterín en uno de sus últimos estudios, *Teoría de la escritura*, parte de la consideración del lenguaje como «único código independiente de comunicación capaz de expresar todos los pensamientos», y de la escritura como un «código derivado, dependiente del lingüístico».[8]

Confieso que estas certidumbres me inquietan y me producen cierto escepticismo, por no decir extrañeza: el valor del lenguaje no puede superar al del conocimiento.

Ya a principios de siglo había dicho K. O. Erdmann: «Las palabras son... signos complejos de representaciones bastante indeterminados, que se relacionan entre sí de un modo más o menos estrecho... Los límites del significado de las palabras son móviles, fluctuantes, indeterminados». Éste es el valor que atribuimos más razonablemente a la palabra y a la escritura: el de un concepto relativo, en la vía siempre de su interpretación. Como decía también Escarpit: «La escritura no es un cifrado de la palabra, sino la notación ocasional de un lenguaje, por medio de otro lenguaje».[9]

Nuestro lenguaje, como nuestra escritura son imperfectos, hoy por hoy es el medio más válido para comunicarnos y cuesta admitir su precariedad y deficiencia, si no es haciendo balance de la propia historia de la comunicación humana y proyectándonos en el sueño de un futuro desconocido, pero no menos posible, como el lingüista Charles Higounet, cuando declara:

> *L'histoire de l'humanité se divise en deux immenses époques: avant et depuis l'écriture; le jour viendra, peut-être, d'une troisième qui sera: après l'écriture.*[10]

Si aceptamos que el proceso de producción de la escritura —como el de la palabra— es harto complejo, por venir motivado por mil y un estímulos internos y también externos, que obedece a leyes imprecisas y aleatorias, y que resulta ser un sistema de comunicación imperfecto, y que no consigue reflejar siempre con éxito el verdadero propósito comunicativo del hablante y que puede por lo tanto traicionar su verdadera intención, parece claro que la traducción encontrará una importante dificultad para descifrar el valor de la escritura y, por lo tanto, del mensaje.

Soy consciente de que estos planteamientos de lingüística aplicada terminan por invadir el terreno de la filosofía o viceversa, pero no estoy seguro de que sea siempre muy útil separar una de otra. La traducción se ha referido siempre al trabajo sobre la obra comunicativa del hombre, a la interpretación de su mensaje desde su capacidad cognoscitiva y para ello han de tenerse muy claros otros conceptos como el valor o los límites del lenguaje y de la escritura.

---

[7] Hans Hörmann: *Psicología del lenguaje*, (trad. Antonio López Blanco) Madrid, Gredos, 1973, Biblioteca Románica Hispánica.

[8] Jesús Mosterín: *Teoría de la escritura*, Madrid, Icaria, 1993.

[9] Robert Escarpit, o. cit.

[10] Charles Higounet: *L'écriture*, PUF, Coll. Que sais-je?, 1969.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Antonio BUENO GARCÍA. El desciframiento del valor intrínseco de la escrit...

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes